

## La inevitable debilidad radical del lenguaje, algunas reflexiones sobre la formación de lectores y la formación de ciudadanos

Daniel Goldin\*

El título de esta presentación<sup>1</sup> es, cuando menos, algo extravagante. Permítanme disculparme con una larga introducción.

La educación preescolar y primaria en Latinoamérica sufre una suerte contradictoria. En nuestros países nadie duda de la trascendencia de los primeros años de vida en la formación cognitiva y afectiva del ser humano. Sin embargo, y paradójicamente, el sector inicial de la educación sigue siendo un sector en carencia perpetua. No creo necesario abundar en ella, ustedes la conocen y padecen. Si nuestros países no tuvieran una estructura piramidal tan pronunciada, la educación de la primera infancia no sería lo que funcionalmente es: un gran cernidor que reproduce la estructura piramidal.

Pero la educación no sólo cumple una función conservadora del orden social. Es también un mecanismo decisivo para el cambio. Y es en esa tensión entre dos funciones contradictorias inherentes a la educación que el tema de la formación de lectores y ciudadanos tiene significación.

Porque numerosos estudios han puesto al descubierto que una deficiente educación primaria perpetúa la inequidad, muchos hemos visto en ella un enorme potencial para transformar los problemas estructurales de nuestra sociedad.

Quiero entender así, al menos, a una parte de las campañas de animación a la lectura que proliferan en la región con belicosa efervescencia. Pero es tal la urgencia de actuar que, con frecuencia, la instrumentación de una política educativa de mejora se convierte en una fábrica para producir cursos al vapor.

Con urgencia responden las instituciones a la solicitud apremiante del maestro de primaria. Y, quizá por voluntad de actuar rápido, no pocas veces este profesor prefiere concebirse como mero receptor de un saber práctico. "No quiero mucha filosofía, quiero saber cómo lo hago. Dame consejos prácticos", es una petición que los que trabajamos con maestros escuchamos con frecuencia.

Esta plática parte de una posición contraria. Parte de la idea de que es importante recuperar para los maestros un espacio para la reflexión. Parte también de la creencia de que en materia de educación no sólo es difícil sino

---

\* El autor estudió Lengua y Literatura hispánica en la Universidad Autónoma de México. Creó y dirige los proyectos de libros para niños y formación de lectores del Fondo de Cultura Económica y es el Director-editor de **Espacios para la Lectura**.

<sup>1</sup> Este artículo fue presentado como conferencia en el **Seminario Internacional de Lectura "La lectura un compromiso de todos"**, organizado por CERLALC y la Biblioteca Nacional de Costa Rica, en el marco de la Primera Feria Centroamericana del Libro, San José, Costa Rica, 22 al 29 de octubre de 1997. Hemos dejado, en común acuerdo con el autor, las "huellas" de la oralidad en la escritura, en especial, las referencias al auditorio y al contexto en el que se planifica y se realiza este texto.

contradictorio avanzar en el qué hacer si no se entiende el por qué o, peor aún, si no se percibe la trascendencia de la actividad educativa.

Asumo que el maestro que busca generar en el alumno inquietud por participar en la construcción del conocimiento no podrá conseguirlo si no se concibe a sí mismo como un investigador de su propio oficio.

Y he querido ser consecuente con esta afirmación.

Cuando Bernarda Carmona me invitó a venir le señalé diferentes temas sobre los que podía hablar. Temas que, por decirlo en lenguaje propio de niños, "ya me sé". Pero le dije que mi verdadero interés era la formación de ciudadanos. Desde hacía muchos años había decidido que mi trabajo no era producir ni vender libros solamente, sino formar lectores, o para ser más precisos, ayudar a formar un tipo especial de lectores. En esos días leí un poema de Olga Orozco en el que ella hablaba de su entrega a las palabras y de cómo éstas siempre se desvanecían.

Quiero compartir con ustedes un fragmento: cuando la poeta descubre que las palabras son menos que las últimas borras de un color, que un suspiro en la hierba, fantasmas que ni siquiera se asemejan al reflejo que fueron.

"Entonces ¿no habrá nada que se mantenga en su lugar, nada que se confunda con su nombre desde la piel hasta los huesos?"

Me conmovió su acercamiento a la palabra escrita, su aceptación de esa imposibilidad como su condición de ser, y, sobre todo, el título: "En el final era el verbo". Aunque la palabra fuera siempre esquiva y huidiza, Orozco la había elegido como su forma de habitar nuestro mundo precario. Esa aceptación de lo paradójico enaltecía su elección. La palabra no es sólo origen, como nos transmite el mito, podía ser también destino. Un raro y frágil destino.

Pensé que en otros terrenos, digamos en el político, son pocos los que aceptan esto con tal claridad, y que la lección que nos ha dado el siglo XX es que es en la **rebelde** (y subrayo la palabra) aceptación de las más profundas contradicciones, y no en su pretendida aniquilación, como podremos construir un mundo más justo y más humano.

Entonces se me ocurrió el título de esta plática "La inevitable debilidad radical del lenguaje, algunas reflexiones sobre la formación de lectores y la formación de ciudadanos".

No sabía en ese entonces a qué punto, ni por qué estaban ligadas las dos frases. Y, para ser honestos, todos los conceptos implicados en el título no pasaban de ser una nebulosa intuición.

Sabía que la humanidad ha temido siempre lo fugaz, lo aleatorio e imprevisible. Tal vez porque lo cambiante es inequívoco anuncio de nuestra condición perecedera. Sabía que por ello encontramos consuelo y sosiego en lo constante, lo predecible, lo repetitivo, remedo acaso de una eternidad

imposible. Es un saber casi instintivo que cada madre actualiza al instituir pequeños ritos domésticos para serenar a sus pequeños.

Tenía claro que de muchas formas el hombre ha depositado en la escritura su esperanza de trascender el mundo mutable. Por eso el dicho popular equiparaba escribir un libro con plantar un árbol o tener un hijo.

Escritura proviene etimológicamente de **grabar**. La primera escritura es la de nuestro nombre, la firma, y firmar proviene del verbo indoeuropeo *dher*: detener, sostener. Había constatado en mí y en muchos niños como esta simple operación le otorgaba al firmante una nueva presencia en el mundo.

En mi cabeza rondaba también la idea de que de alguna forma la molestia del hombre ante la fugacidad y lo aleatorio se ligaba a la inquietud que sentimos por la subjetividad ajena. Los otros son finalmente siempre imprevisibles e incontrolables. Y trazaba una analogía poco clara entre la subjetividad identificada con la fugacidad de lo oral, y la objetividad identificada con la escritura. Palabras pronunciadas, abiertas e imperfectas: puro viento. Palabras escritas, cerradas, perfectas en su contundencia, insolentes desde ese lugar que ha superado la transitoria condición humana.

A estas atribuciones, su capacidad para permanecer, para fijar el sentido, para eliminar la subjetividad, para vencer al tiempo y a la muerte, las identificaba con la fortaleza del lenguaje.

Vagamente intuía que de alguna forma en esta fortaleza atribuida a la palabra escrita se fundaba el enorme poder que muchos le asignaban a la lectura. Las palabras grabadas en el texto, al ser leídas, se debían grabar en la mente de los lectores. Dicho así, suena ridículo, pero ésta es la suposición que está en el fondo de la censura y de muchas creencias pedagógicas. Cuando un mentor prescribe un libro para encaminar a los niños por el recto camino del bien, cuando un dictador quema otro para evitar que la gente piense críticamente, ¿no le están atribuyendo a la palabra escrita un poder moldeador sobre la conducta humana?, ¿no están esquemáticamente suponiendo que lo que el texto dice se graba en la mente y desde ahí norma la conducta de la gente? También los historiadores solían creer que las ideas de un libro se imprimen en la conducta de los pueblos como un sello de hierro en la cera y por eso acostumbraban interpretar como origen de determinado movimiento social la aparición de tal o cual libro, como ha señalado con sorna Roger Chartier.

Me pareció importante explorar estas asociaciones y analizar las atribuciones que solemos darle a la palabra escrita. Ver cómo éstas sustentaban concepciones y prácticas concretas, y después revisar con ojos críticos la pregonada vinculación entre formación de lectores y ciudadanos.

Me era todavía más importante porque mi propia experiencia como usuario habitual de la cultura escrita me ha permitido comprender que esas atribuciones son, al menos, parcialmente falsas. Y que la escritura no consigue vencer a la muerte, a lo aleatorio, a lo fugaz, a lo impredecible.

De hecho la literatura está llena de testimonios así, –desde el “yo soy otro” de Rimbaud, hasta el “Ay, que tú escapes en el momento mismo que habías alcanzado tu definición mejor” de Lezama Lima–, la experiencia literaria da constante cuenta de como la escritura ayuda a comprender mejor la otredad, lo aleatorio, lo subjetivo y lo fugaz, no a remediarlos. Muchos niños lo pueden percibir, aunque en la escuela habitualmente se niegue con ahínco la apertura a esa otra faceta de la realidad a través de la palabra escrita.

Y años y años de leer libros y hablar de ellos, de compartir o guiar lecturas me daban la certeza, ésta sí total, de que la lectura siempre tiene algo de inaprehensible, algo que escapa al pleno control, incluso propio.

Por oposición –y en el lenguaje nebuloso de mis intuiciones–, llamaba **debilidad radical del lenguaje** a esa imposibilidad de fijar y controlar, a esa apertura a lo otro y los otros. ¿Por qué si eso que yo llamaba la debilidad del lenguaje puede ser percibido por cualquier lector que se ponga a reflexionar, la escuela y otras instituciones la rechazan con tanto empeño?

Me parecía que quizás en esa reacción contra la debilidad del lenguaje se encontraban algunas claves importantes para la comprensión de un modelo de educación lectora estrechamente racional y de ciudadanía excluyente. Esta era finalmente la intuición que había que investigar. Pero ¿por dónde empezar esa pesquisa?

Todos estos atributos otorgados a la palabra fijada por gracia de la escritura sólo eran posibles en sociedades donde la escritura operaba. Por tanto había que sumergirse en la historia de las significaciones sociales de las prácticas de la escritura para comprenderlas. Y de ahí retomar camino.

En el tiempo de preparación de esta plática he ido encontrando algunas confirmaciones de estas primeras intuiciones y nuevos problemas. A decir verdad se me han abierto muchas más dudas que las que he acallado.

La comprensión de estos problemas amerita entrar en campos de conocimientos muy amplios (antropología, historia, lingüística, filosofía, sociología, etc.). Y por todos lados hay albañiles construyendo; me explico, no es que no haya nada escrito, es que se está escribiendo.

Tal vez porque estamos en los albores de un cambio tan importante como el que aconteció con el advenimiento de la escritura, en las últimas décadas el conocimiento y la problematización acerca de los alcances de la cultura escrita se han multiplicado de manera vertiginosa. Ahí donde encontraba una tesis luminosa y esclarecedora, pronto otros investigadores la matizaban y reducían su alcance.

De manera que aquellos textos a los que acudí para remediar mis dudas me dejaron más sediento. No pocas veces me arrepentí de no haber escogido un tema que sí sabía, p.e., cómo se edita libros para niños.

Pero no sólo soy usuario activo de la lengua escrita, también soy su víctima. Yo, que creo firmemente en la debilidad esencial del lenguaje como

una forma de aceptar a lo otro y a los otros, ya había enviado un fatídico fax con el título de esta conferencia y no podía recular e inventar otra. La palabra es débil, no elástica.

Lo que sigue es una exploración sobre la confianza en la palabra escrita, realizada por un hombre que confía en ella, pero que justamente por ello cree que es importante acotarla.

### **Ahora sí, permítanme comenzar**

El título de esta conferencia supone algo que, a pesar de que se repita con frecuencia, dista mucho de ser claro. Que la formación de lectores está relacionada con la formación de ciudadanos.

La palabra escrita está a tal grado inscrita en nuestro ejercicio ciudadano que para ser reconocidos como tales debemos tener nuestro nombre escrito en alguna parte y saber firmar (aunque sea con una cruz). Pero los que hablamos de lectura y formación ciudadana nos referimos a otra cosa. ¿A qué exactamente?

Cuando nos detenemos a pensarlo comenzamos a sospechar que hay algo de frase hueca de buenos propósitos y poco más.

Y es que tanto la lectura como la formación de ciudadanos son dos términos que hay que desmenuzar para comprender su significación concreta. Ambos son conceptos que engloban prácticas y concepciones heterogéneas. La significación real de la relación entre ciudadanía y lectura no se da desde la globalidad de los posibles significados, sino desde la concreción que le dan esas prácticas o concepciones.

Les propongo que empecemos a desmenuzarlas.

La forma más común de entender el lenguaje es como un instrumento de comunicación. Esta idea ingenua del lenguaje supone que lo usamos para transmitir ideas o pensamientos formulados externamente a él. Correspondiente con una concepción instrumental del lenguaje como tal, se identifica a la escritura como una codificación del lenguaje oral. La descodificación posibilita la reconstitución posterior por otro hablante de lo oral. Y así se amplía el universo de la comunicación, en el tiempo y el espacio.

Estas ideas del lenguaje y la escritura son las únicas que verdaderamente son asumidas por la mayor parte de los usuarios activos de la lengua escrita y, sin duda, las únicas recuperadas por el sistema escolar en su totalidad. Los niños copian lo que el maestro dice, para retenerlo y revivirlo en casa, leen lo que el autor "quiso" comunicarles, escriben en el examen lo que podrían decir, si en la clase no hubiera treinta como ellos y poco tiempo para ser escuchados. La escritura retiene, como una espora, lo que la lectura reactiva.

Estas concepciones son, por lo menos, parciales, pero no por ello dejan de tener alguna relevancia para el tema de la formación de ciudadanos, al

menos para cierta concepción de la ciudadanía. De hecho, es más que probable que durante mucho tiempo la principal importancia social de la escritura fue ampliar el radio de acción de la palabra: cuando el ámbito social empezó a ser demasiado grande para que todos se escucharan de viva voz se hizo necesario contar con un instrumento más eficaz para comunicar a los ciudadanos.

Pero la exploración que vamos a realizar parte de una noción del lenguaje substancialmente distinta a esta visión instrumental.

Supone, en primer término, que el lenguaje envuelve y trasmite toda nuestra experiencia, que no podemos pensar fuera de él y que incluso lo que sentimos o imaginamos está constreñido o potenciado por él. El lenguaje no sólo es un instrumento con el que los hombres nos comunicamos, sino una herramienta con la que nos constituimos como sujetos sociales a través de diversas prácticas discursivas, banales o sublimes, utilitarias o placenteras, privadas o públicas: nombrar al mundo, reclamar u otorgar afecto, dialogar, fijar o discutir precios, contar o escuchar historias, escribir o leer anuncios, cartas o instrucciones, interpretar documentos, rezar o debatir.

Estas y otras prácticas discursivas nos constituyen y tienen efecto más allá de todo acto de la lengua (si tal cosa existe).

Desde esta perspectiva la escritura no es meramente la codificación de lo oral. Es una representación del lenguaje que permite la conservación y posterior reconstitución de lo oral, pero que también posibilita ciertas operaciones que antes de la escritura sólo se pensaban, y permite otras antes no imaginadas. De manera que no se puede limitar la importancia de la escritura a la función comunicativa.

Como una mínima prueba de ello, conviene recordar que desde la Antigüedad hasta la fecha existe una variedad de prácticas de algo que podemos llamar escrituras fugaces o "caducibles". Son escrituras cuya importancia no estriba en la durabilidad sino en la externación misma del pensamiento, son prácticas que no sirven necesariamente para comunicarse con otros, a menos que el otro sea una parte del sujeto que escribe y que se desdobra merced a esta operación.

Carmona recuerda así el trágico final de Arquímedes, cuando el sabio se encontraba trazando figuras en la arena y es interrumpido por un soldado que le pregunta su nombre. El sabio está tan absorto en sus operaciones que no contesta y el soldado, tal vez un iletrado, le clava su espada: ¿cómo podía ser más importante trazar garabatos en la arena que contestar a la autoridad?

Y eso son los trazos que hacemos en una pizarra para ordenar las ideas. Gestos privados que borra un trapo. No grabados para superar el tiempo o vencer la distancia.

Creo que es importante poner en evidencia un supuesto que se encuentra detrás de esta argumentación. La idea de que el ser humano no es un ser natural, sino un ser cultural.

Lo han aseverado muchos antropólogos, filósofos e incluso biólogos, la cultura es para la humanidad una especie de segunda naturaleza que transforma su naturaleza original.

Por eso, pese a que la vista es un sentido natural, un esquimal distingue y nombra una variedad de tonos que nosotros englobamos en la palabra "blanco". Lo que ve un hombre de la ciudad es distinto a lo que ve un hombre del campo. Y lo que ve un hombre de la ciudad de hoy es distinto de lo que vio su bisabuelo en la misma ciudad hace cien años, aunque ambos estén mirando el mismo objeto. La armonía, el sentido de la proporción, la concepción de los contrastes y todos los demás factores que nos hacen pensar y sentir a través de la vista son determinados por la cultura e inseparables del sentido natural. Nadie ve sin esos lentes.

Pero, un hombre que sabe leer y escribir ¿escucha o percibe de manera diferente que un iletrado? Esta es una pregunta que debe intentar contestar con honestidad cualquier animador a la lectura, si no quiere ser un loro entusiasta que repite nobles consignas.

Tal vez sólo podremos saberlo tras comparar la cultura escrita con la cultura de la que emerge y a la que transforma la aparición de la escritura: la cultura oral primaria, aquella donde no hay grafía alguna.

Voy a intentarlo valiéndome fundamentalmente de un libro de Walter Ong, titulado **Oralidad y escritura**. Una obra publicada originalmente en 1982, que en algunos aspectos ha sido discutida o superada, pero que mantiene su vigencia y su poder movilizador del pensamiento.

La comparación se puede dar al contrastar desde una perspectiva fenomenológica la imagen y el sonido y la vista y el oído. El oído aspira a la armonía, busca la unión, rechaza lo disonante, lo que se diferencia. El oído crea un público unificado en el acto de escucha: el auditorio. La vista en cambio aspira a la claridad: separa. Significativamente no existe una palabra equivalente a auditorio para nombrar a un conjunto de lectores. Aunque estén todos juntos leyendo el mismo texto, cada uno está sumergido en su propia interioridad.

Pero el tema tiene otras múltiples dimensiones que acaso confirman este primer parangón: algunas atañen a los individuos, cómo se relacionan éstos entre sí y consigo mismos; otras a como se construye y mantiene lo público. Todas estas dimensiones se pueden ver desde una perspectiva histórica que registre la evolución de una misma cultura o desde una perspectiva antropológica que ilumine las diversidades culturales.

Señalaré brevemente algunos rasgos distintivos que podemos extraer de un análisis así.

Al hombre de hoy le es difícil imaginar lo que es la vida para un hombre que vive una cultura puramente oral. Los que estamos habituados a la palabra escrita solemos identificar a la palabra con algo exterior, una cosa. En una

cultura que no conoce ningún tipo de escritura la palabra es sólo sonido. Un acontecimiento que transcurre con el tiempo y, como él, se escapa.

La palabra escrita en cambio está fija. El lector puede regresar a ella cuantas veces quiera y confrontarla a la luz de la nueva información que le da el texto. Por esto muchos especialistas le atribuyen a la cultura escrita la posibilidad de analizar y discutir los conocimientos objetivamente.

En una cultura oral el que habla se identifica con lo que está diciendo y es difícil separar lo que dice de quien lo dice. La palabra es sólo un suceso y es en sí misma manifestación de un poder presente. El acto de habla y el acto de escucha son simultáneos. Porque el que habla y el que escucha comparten el mismo contexto, se dice que es un lenguaje situacional: son palabras que se comprenden gracias a la información que ambos comparten en la situación comunicativa.

Al mantener el conocimiento en el mundo vital humano, la oralidad lo sitúa dentro de un contexto de lucha. Por esto en las culturas orales no sólo se emplean para almacenar los conocimientos, sino que parecen comprometer a otros en el combate verbal o intelectual. Recuerden, p.e., los combates de trovadores que aun se estilaban en el campo en Colombia, México y Venezuela. O la forma en que se comercia en las culturas orales que le da al regateo un lugar esencial en la dinámica de las transacciones comerciales.

Por su cualidad de cosa, de objeto externo, la palabra en la cultura escrita puede ser separada del que la enuncia. De hecho siempre hay una separación temporal o espacial entre el que escribe y el que lee. Por esto la escritura propicia abstracciones que separan el saber del lugar donde los seres humanos luchan unos contra otros.

Pero si las palabras pronunciadas siempre son evanescentes, ¿cómo logran las culturas orales establecer un espacio simbólico mínimamente permanente que garantice su estructura social? La única respuesta posible es en la memoria. No es casual que en las culturas orales el saber esté depositado en los ancianos: ellos son los que pueden recordar más.

Esto no sólo se traduce en la valoración de la facultad de la memoria por sobre otras. También en la forma de estructurar el discurso. Pues éste debe hacerse para facilitar ser recordado.

Las investigaciones sobre culturas orales antiguas o sobre las modernas culturas ágrafas encuentran siempre lo mismo: en las culturas orales el pensamiento se origina según pautas equilibradas e intensamente rítmicas, con repeticiones o antítesis, aliteraciones y asonancias, expresiones calificativas y de tipo formulario, de manera que vengan a la mente con facilidad, y que ellos mismos sean modelados para la retención y la pronta repetición.

Desde luego, en las culturas escritas también encontramos expresiones fijas o rítmicamente equilibradas. Pero en una cultura oral no son ocasionales, son incesantes o, como dice Ong,

“forman la sustancia del pensamiento mismo. El pensamiento en cualquier manifestación extensa, es imposible sin ellas pues en ellas consiste”.

Yo añado, esos saberes constituyen la *res-publica*, la cosa pública.

Se suele decir que las culturas orales son esencialmente conservadoras. Es cierto, pero en un sentido muy distinto del que esa palabra tiene en nuestra cultura. Para ellos no es una elección política, sino una necesidad de supervivencia. En una sociedad sustentada por el poder limitado de la memoria, cada saber nuevo amenaza al interior con ser desplazado. El conocimiento, una vez adquirido, tiene que repetirse constantemente o se pierde.

Pero también para que algo se recuerde debe ser memorable. De ahí, la propensión, en las mal llamadas literaturas orales, al rescate de lo extraordinario.

La cultura escrita acoge a lo nuevo sin temor y le da a los niños posibilidades de acceso al discurso que antes tenían vedado. El poder de la escritura como conservador del saber es inmenso y el conocimiento se puede ir acumulando infinitamente. Lo original se valora no como lo que nos hace ver el origen fundador de otra forma sino como lo nuevo. Y en el discurso literario el personaje común y corriente puede entrar.

Pero el concepto de memoria es distinto en una cultura oral que en una cultura escrita. Para nosotros, que podemos fijar un texto, memorizarlo y cotejarlo después, la memoria se identifica con la repetición exacta de las palabras previamente fijadas. En las culturas orales lo memorizado es inevitablemente una mezcla de lo nuevo y lo viejo, aunque se haga pasar por impecablemente antiguo. Conviene destacar algo más: lo olvidado está por siempre prescrito. En ellas, como en ninguna otra, es verdad que los muertos desaparecen cuando el último mortal deja de recordarlos. Cien años después nadie tendrá elementos para reconstruir la historia.

En la cultura escrita la *res-publica*, la cosa pública se construye de otra forma: lo público es lo publicado, y prácticamente no hay ámbito que no se establezca a través de la escritura y no requiera su uso para participar activamente en él.

Para cualquiera que haya escuchado entrelíneas (permítanme esta metáfora de cultura escrita en este género oral) habrá visto como he ido destacando algunas cualidades inherentes a la cultura escrita que son, llamémoslas así, clásicas en el discurso republicano sobre la función ciudadana; las voy a repasar someramente:

Primacía de lo analítico, de las ideas sobre las acciones, de los conceptos sobre los juegos verbales, de lo exacto sobre lo aproximado, diferenciación de los individuos en el interior de la comunidad, descontextualización de lo dicho, acogida de lo nuevo, ampliación del saber, multiplicación del conocimiento, diversificación de los saberes, posibilidades de instrucción a los niños, liberación del pensamiento de la necesidad de conservar, ampliación del

intercambio de ideas y experiencias, desarrollo en el sujeto de una conciencia de sí, ampliación del ámbito de lo público, posibilidad de reinterpretación del pasado, posibilidad del surgimiento de instituciones.

En suma, una gama de posibilidades que sustentan todos los valores que Occidente ha asumido inequívocamente en la enorme cruzada que desde la Ilustración hemos emprendido por liberar al hombre de su oscuro origen e iluminar su porvenir.

No es un azar que cuando Kant responde a la pregunta: ¿qué es la Ilustración? lo haga aludiendo a la posibilidad de que cada ciudadano escriba públicamente su opinión privada sobre lo que atañe a todos.

Pero esta sola identificación de la cultura escrita con los ideales occidentales que tan poderosamente han oprimido a otras culturas es sospechosa. Y por eso ha habido una gran reacción contra muchos estudios que comparaban las culturas orales y escritas, y hacían ver a las culturas escritas como el único camino hacia la racionalidad y la democracia. En las culturas orales hay tanta racionalidad como en las escritas. Y sus ciudadanos ágrafos realizan análisis y conceptualizaciones que los hombres de la cultura escrita, finalmente limitados por ella, no siempre podemos comprender como tales.

“Pregonar las bondades de la cultura escrita asociándola acriticamente con la civilización y el progreso –dice Pattanayak– es, de facto, discriminar a una tercera parte de la humanidad relegándola a la categoría de incivilizados.”

Tiene razón. Pero nadie en su sano juicio puede por ello concluir que por eso hay que interrumpir todo esfuerzo por alfabetizar.

Mi impresión, que es la de un espectador lego, es que estas violentas reacciones, en aras de no discriminar, cometen una nueva injusticia al homologar lo diverso. Y muchos de ustedes saben a la serie de sandeces que ha llegado, p.e., la cultura americana con su defensa de lo “políticamente correcto”: los azules protestan porque no existe una caperucita azul y los cazadores están cansados de que se los identifique con antiecológicos por matar a los animales en peligro de extinción.

Ahora incluso el lobo acusa a la caperucita de racismo pues, dice él, no lo quiere por negro y peludo. Ustedes creen que es broma, pero por éstas y otras razones en muchas bibliotecas americanas se ha prohibido la mitad de los textos con los que nosotros crecimos.

Para cualquiera que niegue el valor de la palabra escrita basta sólo recordarle la antiutopía de su eliminación, un clásico de la cultura libresca de nuestro siglo, **Fahrenheit 451**. En ese futuro sombrío: ¿cuántos hombres libros, que vagaran por el mundo con un texto aprendido de memoria, se necesitarían para salvar los muchos, muchísimos libros que son verdaderamente valiosos?

Podría decir también que una persona normal escribe 10 veces más lento de lo que habla. Y señalar que por ello la persona que escribe está obligada a entrar en una pauta que le da la oportunidad de apartarse y reorganizar sus procesos normales de pensamiento.

Pero ¿realmente lo hacen siempre todos los que escriben? Analizar las implicaciones de la adquisición de la cultura escrita, ya lo dije en un principio, es de una extraordinaria complejidad y debemos resistirnos a la tentación de sacar conclusiones.

Una de esas conclusiones fáciles de un análisis sobre la transformación que la cultura escrita ha generado en el pensamiento humano es la de que al alfabetizar a una persona automáticamente le estaremos otorgando esos beneficios. Por eso la confianza ciega que muchos le tienen a la alfabetización se ve cruelmente contrastada con los datos...

Es preciso matizar: en principio es muy distinto alfabetizar a una persona que proviene de una cultura oral, que a una que proviene de una cultura alfabetizada. Por lo demás, sólo para fines prácticos, he establecido una comparación entre cultura oral primaria y cultura escrita como conjuntos homogéneos. Pero es indispensable recordar que cada cultura es un conjunto de habilidades y saberes humanos desigualmente distribuidos.

En un libro publicado en 1986, Nina Catach da un dato que me parece de extrema importancia. La mitad de la población en el mundo sabe leer (en un sentido muy amplio), pero sólo una cuarta parte de la población mundial sabe escribir (igual en un sentido muy amplio). Creo que es lícito suponer que en una sociedad como la nuestra esta distinción tiene una enorme importancia para establecer parámetros de diferenciación sociales, económicos, políticos y culturales.

Por esto no es posible hablar de la cultura escrita en términos de sus posibilidades democratizadoras, sin mencionar a la vez sus realidades claramente diferenciadoras. Y esto es algo que nos interesa a todos aquellos que estamos comprometidos con la expansión de la cultura escrita, los que estamos en la educación, y los que estamos en el mundo del libro. Pues sin duda alguna la mayor parte de aquellos que saben leer y no saben escribir lo aprendieron en la escuela.

¿Qué son todos aquellos que saben leer, pero no saben escribir? ¿Analfabetos funcionales, semianalfabetos, iletrados, lectores precarios? Cada cultura significativamente establece sus nomenclaturas. Pero se trata de algo más que asignar un nombre. Es un dato significativo que plantea al menos dos preguntas cruciales para nuestro tema:

Si es cierto que la introyección de la cultura escrita abre un campo de posibilidades para el pensar y actuar humanos porque éstos efectivamente se transforman, ¿quién verdaderamente realiza estas posibilidades?

¿Qué es lo que modifica al lector: saber leer o las actividades que realiza a través de la palabra escrita?

Habría que hacer una tercera pregunta, tal vez más simple pero de enorme importancia: los que saben leer pero no saben escribir, ¿se acercan a la palabra escrita de la misma forma que los que realizan cotidianamente ambas actividades? Esta simple pregunta es crucial pues nuestro entorno social es un entorno escrito y de lo que estamos hablando es de la relación de estos hombres con su entorno.

La lectura de la nueva generación de textos que revisan críticamente los primeros descubrimientos sobre la cultura escrita nos permite concluir que el ser humano no depende de la escritura para la racionalización medianamente compleja. La escritura tiene el efecto de intensificar la tendencia hacia el pensamiento descontextualizado y abre posibilidades para construcciones discursivas más complejas.

Por lo demás, como señala con acierto Denny, los seres humanos no cambian sus hábitos de pensamiento a menos que existan razones que los obliguen a hacerlo.

En sociedades a pequeña escala el pensamiento se debe emplear no sólo para ganarse la vida sino para sustentar la estructura social, pues no hay instituciones sociales autónomas.

Cuando las sociedades exceden el tamaño en el que todos los miembros comparten un fondo común de información y aumenta la interacción con extraños, surge el impulso original que lleva al pensamiento descontextualizado: transmitir información que es ajena a las personas que llevan vidas diferentes de las de uno.

Pero también las propias prácticas discursivas han ido modificando el sentido original de la palabra escrita y, por tanto, la valoración social de quienes la realizaban: en muchas sociedades de la Antigüedad el hecho de saber escribir no era sino un oficio más, que no siempre tenía un rasgo privilegiado. Los escribas eran sólo eso: obreros de la palabra. La importancia social del saber hacerlo era tan limitada que ni siquiera todos los literatos lo hacían.

Pero conforme los usos de la palabra escrita tuvieron mayor relevancia (p.e., en la impartición de justicia o en las transacciones comerciales), saber escribir se convirtió en una señal de distinción que tenía traducción en privilegios económicos y políticos: Ilich nos dice que, ya entrado el siglo XIV, la mera capacidad de firmar y deletrear se tomaba como prueba para la atribución de privilegios clericales, p.e., quien demostraba esa capacidad quedaba liberado de la pena capital.

Para gran parte de la población el texto había pasado a ser una metáfora constitutiva del mundo, incluso si no sabían leer. Cuando se amplió aún más el espacio intervenido por la cultura escrita, el prestigio asociado a ésta se incrementó. Pero de manera paralela se fue tornando imperioso aumentar el número de los usuarios. Es una necesidad del progreso que no todos juzgaban prudente y a la que muchos se han opuesto por razones de

diversa índole. De manera simultánea también se da una presión de los iletrados por acceder a la cultura escrita.

Sería sumamente interesante mostrar cómo cada una de las expansiones de la cultura escrita ha generado movimientos u opiniones que cuestionan su valor o que quieren limitar su acceso a la cultura. Curiosamente, desde Platón, hasta la actualidad, la palabra escrita se ha usado con frecuencia para cuestionarla. Pero no es mi intención hacer una revisión de la historia social de la humanidad. Quería simplemente mostrar cómo la historia de la escritura muestra con claridad cómo los usos de la palabra escrita reformulan los valores implícitos en ésta y cómo esta dinámica está inscrita en una tensión entre la conservación y el cambio.

La escritura abrió nuevas posibilidades de construcción y acumulación del saber. Posibilitó el surgimiento de instituciones y le dio un nuevo sentido al espacio público. Debido a estas transformaciones en parte, se redujo la morbilidad, se incrementó la productividad, se extendió la cobertura educativa y muchas otras cosas que hicieron crecer a la sociedad en magnitudes absolutamente imposibles antes de la cultura escrita. Pero no sólo ha crecido. Se ha tornado de una complejidad inextricable, para cualquier iletrado (y para la inmensa mayoría de los letrados también). Y es para esta sociedad, vasta y compleja, que estamos formando ciudadanos.

Valorar la escritura sólo en términos de las posibilidades que ofrece para ampliar el radio de transmisión de información es describir a nuestra sociedad sólo en términos de su magnitud. Digámoslo claramente, en nuestra sociedad la cultura escrita es funcional porque cumple muchas funciones: simbólicas y productivas, públicas y privadas, políticas y sagradas, educativas y de recreo. Esto es algo que no se asume cabalmente en la escuela, ni siquiera en la mayor parte de las campañas de animación a la lectura realizadas extramuros.

De hecho, si hacemos un análisis superficial de los discursos y prácticas alrededor de la lectura veremos que para la mayor parte de ellos el contraste significativo está entre analfabetos y alfabetizados. Como si las diferencias en el interior de los que saben leer no tuviesen mayor relevancia.

Habitualmente entendemos formación ciudadana con el ejercicio de lo político, lo público, o al menos lo intersubjetivo. Me parece que la función de la cultura no debe centrarse únicamente en eso, sino que debe velar simultáneamente por el desarrollo de una dinámica de acercamiento a lo individual y subjetivo. Esto es algo que tiene la mayor significación en la formación de ciudadanos.

El hombre es un ser racional. El hombre es un ser social. El hombre es el único animal que habla. Nuestro orgullo de especie nos ha hecho machacar esto al grado de que cualquier niño lo repite como lorito.

Pero olvidamos con frecuencia que nuestra razón tiene valor sólo porque el hombre es también un ser irracional. Que nos organizamos socialmente porque tenemos clara conciencia de nuestra inquebrantable soledad. Y que si somos animales del lenguaje, el lenguaje comprende lo racional y lo irracional,

lo subjetivo y lo objetivo. El lenguaje refleja nuestra condición y participa de ella. No la supera.

El lenguaje escrito es sin duda uno de los más poderosos instrumentos para fijar y establecer el sentido. Pero la lectura de cualquier texto inevitablemente genera nuevos sentidos. No sólo por la esencia polisémica de la palabra, sino porque inevitablemente el sentido sólo se extrae desde lo contingente y para lo contingente.

Dewey ha descrito con gran maestría

“la técnica con que los pensadores han relegado lo incierto e incompleto a una oprobiosa situación de ser irreal, mientras que han exaltado sistemáticamente lo seguro al rango de verdadero Ser”.

Este excepcional pensador norteamericano de principios de siglo ha mostrado también como lo incompleto alimenta la práctica, el deseo de búsqueda y participación. Y como, por el contrario, lo completo alienta el refugio y la contemplación.

Me parece que esta aproximación abre un caudal enorme de sugerencias para analizar las prácticas escolares y sus implicaciones en la formación de ciudadanos. Esa será su tarea.

Por mi parte quiero hacer un ejercicio literario tomando como punto de partida algo de lo mucho que he aprendido al redactar esta conferencia: Uno de los primeros estudiosos que se percató de la importancia de la lengua escrita en la estructuración del pensamiento fue Richard Havelock. Este investigador americano era un gran conocedor de la cultura griega. Su mayor descubrimiento provino de preguntarse por qué hasta Platón la filosofía se escribía en poemas o aforismos más propios de la cultura oral. Havelock respondió que era porque hasta Platón el pensamiento estaba normado todavía por pautas de la cultura oral. Platón fue el primer pensador que desarrolló su pensamiento con las pautas de pensamiento que otorgaba la cultura escrita. Havelock rastreó la huella de esto incluso en la elaboración de la teoría platónica de la justicia. Y sugirió que Platón en **La República** expulsa a los poetas. En el fondo, dice Havelock, se evidenciaba así el conflicto entre dos formas de pensamiento diferentes. Una fundada en la oralidad, la otra en la escritura.

El ejercicio con el que voy a terminar esta plática habla de un personaje llamado Platón. Pero, aunque retoma ciertos aspectos biográficos del original, mi Platón es diferente. Como el griego, mi Platón se forma al lado de un hombre sabio, llamado Sócrates. Este hombre probo y justo como ninguno un día es acusado injustamente. En el juicio que el pueblo le hace, Sócrates pide como condena que lo obliguen a vivir en el lugar consagrado a los paladines de la democracia, como lo merece. Pero los jueces deciden su muerte. Una injusticia terrible y absurda de una sociedad corrupta.

Apabullado por esta atrocidad contra el más virtuoso de los mortales, Platón no sólo descrea de la democracia, sino del hombre mismo y huye a

refugiarse en soledad. Pero Platón es un hombre y en su refugio se da cuenta de que nadie es hombre sino en compañía de sus semejantes. Entonces intuye que en el origen de la corrupción política está la materia corruptible de la que estamos hechos y comienza a imaginar un mundo ajeno a ésta, un mundo inaccesible, un mundo perfecto y eterno: lo llama el **mundo de las ideas**. Ese es el mundo al que él aspira, pero cómo acceder a él. Tal vez si logramos describirlo podremos reducir las distancias entre uno y otro: en días de fervor escribe **La República**, el modelo de esa sociedad perfecta. Nadie entrará en ella si no se acerca a las ideas. Por eso expulsa a los poetas: ellos mienten demasiado. ¿Quién, si no un mentiroso irredento puede decir con jactancia, "verde que te quiero verde"? ¿Qué idea hay detrás de este absurdo verso? se pregunta. Ninguna, puro viento que aturde y confunde. Y cierra la puerta de su República, reconfortado por la expulsión de un mentiroso.

Mi Platón, y también el griego, eran sólo filósofos. Otros hombres más poderosos no han sólo expulsado a los que no casan con su idea de perfección o justicia: la historia de ese oprobio es inmensa.

Les dejo también de tarea pensar si tiene algo que ver con nuestro tema.

Yo no lo sé. Pero desde hace mucho me pregunto si no debe haber algo más contundente para motivar el amor por la cultura escrita que decir que de los libros se aprende mucho, pues sé, entre otras cosas, que también se olvida mucho.

Creo que una persona que escribe lee, ve el mundo de una forma distinta. Pero estoy seguro de que una persona que escribe está en capacidad de leer distinto que una persona que sólo lee.

Una persona que escribe y lee para diversas funciones sabe que la escritura es un proceso de construcción, de sí mismo, de su relación con los otros, del mundo en el que vive. Sabe que en este proceso lo interno se vuelve externo y lo externo se internaliza. Lo privado se hace público, lo público adquiere sentido privado. Y sabe que este es un proceso infinito, pues cada verdad asentada en un texto, por más firme que sea, es inevitablemente débil ante el poder siempre mutable de la vida.

Una persona que lee y escribe y toma esto como un ejercicio para su buen vivir es como un profesor de artes marciales, que repite rutinas y traza golpes en el aire para estar preparado para el momento fatídico en que un peligro lo asalte. Sólo que para él los momentos fatídicos son todos.

## Referencias bibliográficas

- Abbagnano, N. y A. Visalberghi (1992) **Historia de la pedagogía**. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cardona, G.R. (1994) **Antropología de la escritura**. Barcelona, Gedisa.
- Catach, N. (1994) **Hacia una teoría de la lengua escrita**. Barcelona, Gedisa.
- Chartier, R. (1994) **Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa**. Barcelona, Gedisa.
- Dewey, J. (1948) **La experiencia y la naturaleza**. México, Fondo de Cultura Económica.
- Dewey, J. (1993) **La reconstrucción de la filosofía**. Barcelona, Planeta Agostini.
- Ferreiro, E. (1997) **Alfabetización, teoría y práctica**. México, Siglo XXI.
- Kant, E. (1979) **Filosofía de la historia**. México, Fondo de Cultura Económica.
- Merleau Ponty, M. (1971) **La prosa del mundo**. Madrid, Taurus.
- Ong, Walter (1987) **Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra**. México, Fondo de Cultura Económica.
- Olson, R. D. y N. Torrance (1994) **Cultura escrita y oralidad**. Barcelona, Gedisa.
- Platón (1993) **Cartas**. Madrid, Akal.
- Savater, F. (1997) **El valor de educar**. Barcelona, Ariel.